



el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

Ganador del Reconocimiento al Mérito Estatal de Investigación 2014 en la Subcategoría de Divulgación y Vinculación

Parientes rituales, alianzas y ahijados olvidados. Reflexiones en torno al compadrazgo y la regulación de las hostilidades

Mtro. Israel Lazcarro Salgado
INAH-Morelos

“No es culpa del indio, sino del que lo hace compadre”. Se trata de un dicho popular, muy mexicano, que exuda todo el racismo que caracteriza las típicas relaciones asimétricas que la sociedad criolla y mestiza ha forjado en relación a esos pueblos “indios”, vistos como pueblos de niños, inferiores, y respecto a los cuales dicha sociedad expresa hasta nuestros días, con grados variables, un profundo desprecio. Si esto es así, ¿por qué se establecerían relaciones de compadrazgo con gente a la que se desprecia? Desde luego, las razones de establecer relaciones de compadrazgo, característicamente asimétricas, hunden sus raíces en la historia colonial mexicana. La antropología ya ha debatido desde hace mucho, las motivaciones de este parentesco ritual asimétrico, y pareciera que no hay mucho más que decir. No obstante, al interior de esta relación entre compadres, me parece que hay un elemento que no ha recibido la atención que merece: el ahijado. Este escrito, esboza una de las líneas de investigación que estoy siguiendo con mayor amplitud en mi doctorado, pero que presento aquí brevemente.

Mucho se ha escrito en torno a esa célebre institución de origen español, que en México cobró auge desde el siglo XVI, y sigue caracterizando las relaciones sociales en numerosas comunidades campesinas de nuestro país. Básicamente, desde finales del siglo XIX, y durante las primeras décadas del siguiente, numerosos observadores documentaron la importancia del compadrazgo en México, especialmente en los sectores agrarios, campesinos, marcados de antaño por la evangelización católica de origen colonial. Sin embargo no fue sino hasta 1950 cuando el compadrazgo se convirtió en un tópico de la literatura antropológica mexicanista, siendo Sydney Mintz y Eric Wolf los pioneros en la reflexión sistemática de dicha institución. Fueron ellos quienes echaron las primeras luces sobre esta peculiar forma de parentesco ritual, que además de establecer la prohibición del incesto entre dos personas que previamente no tenían vínculo parental alguno, implica también el establecimiento de una serie de compromisos, asumidos de por vida, que entrañan un verdadero soporte, económico, político y espiritual. En su célebre artículo “An Anthropological Analysis of Ritual Coparenthood (‘Compadrazgo’), los autores discuten los antecedentes de esta institución en la España medieval, su aceptación por parte de la Iglesia Católica, y su amplia difusión en el contexto hispanoamericano. Ya enfocados en el perfil del compadrazgo en el contexto mesoamericano, ofrecieron las líneas básicas del análisis y del debate que desde entonces ha encauzado la reflexión antropológica mexicanista: la existencia de varios tipos de compadrazgos (siendo el derivado del bautismo el más destacado), así como su carácter sociológico: sea entre vecinos, amigos y miembros de una misma comunidad (un compadrazgo simétrico); o bien, entre miembros de distintas comunidades, marcados por la desigualdad, en relaciones característicamente verticales (compadrazgo asimétrico). En todo caso, lo que este parentesco ritual permite, es el establecimiento de una relación de alianza, entre dos grupos familiares, a través de la figura del ahijado. Al caracterizarla de esta manera, la institución del compadrazgo fue analíticamente sustraída de los tradicionales estudios de antropología del parentesco, quedando subsumida a grandes rasgos, en los estudios de la antropología política. El establecimiento de un parentesco ritual permitiría una alianza política estratégica, sea al interior de una clase social (cuyos lazos se fortalecerían), sea entre clases sociales distintas (que permitiría regular las diferencias de clase y canalizar sus conflictos, operando en algunos casos como medio de promoción social). Hasta aquí, en verdad, no se podría decir mucho más, pues básicamente este análisis es correcto. Sin embargo, me parece que falta aquí discutir en torno a un asunto que por obvio, resultó ser un poco descuidado: el ahijado.

Ciertamente, Mintz y Wolf enfatizaron, con razón, que la diada entre compadre y padrino es más relevante que la relación entre el padrino y su ahijado, siendo ésta, una de las principales diferencias con respecto al compadrazgo existente en España y otras latitudes, donde la figura del “padrino” es prominente. En 1989, Hugo Nutini y Betty Bell convalidaron estas conclusiones, apoyándose en sus propios estudios del compadrazgo en el caso de Tlaxcala. A grandes rasgos, el estudio de George Foster, realizado en 1961, pocos años después del de Wolf y Mintz, confirma esta caracterización, estableciendo una similitud funcional entre el compadrazgo y la cofradía, dos instituciones hispanas volcadas al apoyo espiritual, económico y político, cuya única diferencia es que la primera se establece entre personas, como individuos, y la otra, fortalece la cohesión intracomunitaria. La explicación que ofrece de su rápido y profundo arraigo en la sociedad indígena mesoamericana, mira hacia la historia temprana del México colonial: Mintz y Wolf ya habían postulado que la razón de ello estaba en la necesidad de colocar a miles de indígenas recientemente bautizados, bajo la tutela de un guía espiritual. La empresa evangelizadora habría sido el principal estímulo de esta aceptación, aunque posiblemente se sirvió de alguna

ceremonia ritual indígena previa, similar al bautismo cristiano, donde una especie de “padrinos” presidían la perforación de las orejas que se hacía a jóvenes mexicas. Sin embargo, Foster plantea que el arraigo de esta institución europea tendría su origen en la existencia de sistemas de parentesco clánicos, mediante los cuales se organizaba el trabajo colectivo. A partir de ahí, se ha especulado que el compadrazgo permitió enfrentar las violencias del orden colonial, como una estrategia de resistencia frente a un contexto ciertamente hostil. Como buscaré demostrar más adelante, quizá no sea la hostilidad colonial el origen de este arraigo, sino una hostilidad más antigua.

En 1984, Pitt Rivers fue de los pocos que cuestionaron y negaron las conclusiones de estos análisis, argumentando que el término “compadre” tiene un uso muy irregular, aplicado a casi cualquier relación solidaria, que no precisa necesariamente un parentesco. Quizá por ello, Hugo Nutini y Betty Bell se vieron en la necesidad de refutarlo. Independientemente de que el término tenga en efecto, hoy en día, el sello de la solidaridad, es innegable su relevancia en la estructuración de las sociedades indígenas contemporáneas y su articulación con el parentesco. Desde luego, existe una motivación histórica de su arraigo, mas no creo que su origen descansa únicamente en las hostilidades coloniales: el compadrazgo, efectivamente, es una institución que regula las relaciones de poder, al interior y exterior de los grupos de parentesco, teniendo en su seno una relación de alianza parental, entre dos individuos y sus respectivas familias. Me parece que el énfasis en la relación diádica entre compadres, y el consecuente obscurecimiento de la relación entre padrino y ahijado, yacen justamente en la disociación de este doble perfil: tanto las relaciones de hostilidad y alianza, como el vínculo parental que surge de la constitución “espiritual” de una persona, son las caras de una misma moneda cosmopolítica, clave en numerosas poblaciones indígenas. La hostilidad se regula y se canaliza construyendo personas.

La construcción de la persona en Mesoamérica, ha sido otro de los temas ampliamente debatidos. Sin embargo, el énfasis puesto en los componentes “espirituales”, quizá haya obscurecido un aspecto que no ha sido sino hasta fechas recientes, apenas discutido: no son los tránsitos del “alma” los que más preocupan a numerosos pueblos indígenas de México, sino el cuerpo, cuya comprensión ha cobrado creciente relevancia: el desdén por la “materia”, que caracterizó a la antropología cristiana, quizá haya coadyuvado a esta invisibilización del cuerpo en los estudios antropológicos del mundo indígena, durante gran parte del siglo XX. Por ello en 1981, la obra de Alfredo López Austin, “Cuerpo humano e ideología”, se convirtió en un hito pionero, en los estudios sobre la corporalidad mesoamericana. Desde entonces, la etnografía contemporánea ha insistido en ello: no es la conversión espiritual el dato más relevante en la constitución de una persona en diversas comunidades indígenas, sino las transformaciones corpóreas, lo que merece mayor atención entre los especialistas indígenas. Como bien sabemos, es muchas comunidades, mojar al bebé con agua bendita, es más importante que instruirlo en la doctrina. Comer maíz, asolearse, comer alimentos “fríos” o “calientes” para recuperar la salud, cambiar la indumentaria cuando se consolida un matrimonio, o el baño durante el puerperio en el temascal, nos hablan de esta atención por los tránsitos y condiciones del cuerpo, por no hablar de las transformaciones voluntarias, emblemáticas del nahualismo mesoamericano. En todos los casos, no es una condición espiritual la que rige la vida de las personas, sino sus transformaciones corporales.

Evidentemente, la fenomenología en torno a la corporalidad en muchos pueblos indígenas, desafía nuestro régimen ontológico, según el cual, el cuerpo es una constante de la Naturaleza, cuya materialidad es fácilmente asible, permitiendo su identificación como una unidad concreta: para Occidente el cuerpo es una totalidad biológica. Sin embargo, desde la década del 1930, Maurice Leenhardt (destacado etnólogo francés que fuera un antiguo pastor protestante interesado en la conversión al Cristianismo entre los indígenas melanesios), advirtió lo problemático de aquel planteamiento: en Melanesia como en muchas otras áreas culturales (incluida Mesoamérica), no existe esa totalidad discernible que pueda identificarse con nuestra noción de “cuerpo”, de manera que la tradicional oposición griega entre cuerpo y alma, se quiebra ante una noción de persona mucho más compleja. Es significativo que aquellos nativos melanesios hayan advertido que con los europeos no llegó una noción de espíritu o de alma que les resultara demasiado extraña; lo realmente extraño que llegó fue el “cuerpo”. Algo semejante podríamos decir respecto a la evangelización en Mesoamérica: los frailes católicos enfrentaron sociedades para las cuales la corporalidad era algo mucho más complejo que la simple materia: lejos de ser una entidad unitaria, el cuerpo se desdobra, se dispersa y se transforma. Como diversos antropólogos han advertido, no hay “individuos”, sino diuiduos, inestable conglomerado de componentes. Entendemos así el interés de



Preparando la mesa ritual



Saludo entre compadres

muchos pueblos indígenas de México por el acoplamiento y construcción de personas, de cuerpos, que nada tienen de "naturales". Hablamos de sociedades para las cuales la persona, su cuerpo, es algo que se construye.

Desde luego, ello no niega que la pérdida del "alma", la caída de la sombra (de innegable carácter pneumático), esté entre las enfermedades más frecuentes en el mundo indígena mesoamericano, que de no curarse conducirán inevitablemente a la muerte. Con todo, no se trata aquí de un mal "espiritual". Todos hemos escuchado relatos semejantes y en todos ellos es de destacar que entre las formas de cura, esté precisamente la reintegración de la sombra al cuerpo del enfermo, gritando su nombre, su "corporización fónica". Retornamos así al nombre, que es precisamente el principal vínculo que tiene una persona con su padrino. ¿Acaso no es el padrino de bautismo, una de las expresiones del compadrazgo más comunes en México? Tenemos que los tradicionales estudios sobre el compadrazgo, no integraron en su análisis el giro ontológico de los últimos años, y su vuelco hacia una nueva fenomenología del cuerpo. El obscurecimiento sobre el lugar del ahijado en los estudios sobre compadrazgo, se corresponde al obscurecimiento sobre el lugar del cuerpo en los estudios sobre la religiosidad indígena y su énfasis misticista. Para mejor comprender las implicaciones de la construcción de cuerpos en el establecimiento de un parentesco ritual como el compadrazgo, es necesario reparar en otras formas de padrino, además del bautismo.

En mi experiencia de campo entre pueblos de habla otomí de la Huasteca veracruzana, otras formas del padrino son las que se derivan del matrimonio (la unión sexual) y la muerte: padrinos de boda y padrinos de Cruz son comunes. Además está el padrino por curación: los especialistas rituales chamánicos, el badi otomí, es padrino de aquellos a quienes cura, y no está de más mencionar a la partera, que es también madrina de las criaturas. Ciertamente, entre todos ellos se establece una alianza parental, que es también política, sobre todo cuando se elige por compadre, a un mestizo adinerado. ¿Qué tienen en común todas estas formas de padrino? Notablemente, la construcción y transformación del cuerpo y la persona. El padrino de bautismo no sólo impone un nombre, también proporciona una primera muda de ropa (que entre los otomíes, implica un desdoblamiento del cuerpo-piel). Antiguamente, el padrino de boda, ofrecía a su vez, el atavío propio de las personas casadas, característico de los adultos que



Compadres que son mayordomos

han empezado a "secarse" tras la actividad sexual (hasta hace algunos años, muchas ancianas otomíes pedían ser enterradas con la ropa que empezaron a usar tras su matrimonio); mientras que el padrino de Cruz (curiosamente el ahijado de bautismo), hacía lo propio al proporcionar un cuerpo alterno, una cruz, a su padrino difunto. Dar cuerpo, construirlo, proporcionarlo, ciertamente conduce al establecimiento de una relación de parentesco, o al menos de alianza. ¿Acaso no hacen lo mismo el curandero y la partera? También crean cuerpos. Y lo mismo aplica

para aquellos compadres encargados de dar ropa a los santos e imágenes sagradas (no humanas), estableciendo una alianza estratégica. Más aún, estos mismos especialistas rituales han establecido una relación de parentesco ritual con entidades no humanas, como el Cerro, que es también su "padrino". Recordemos que en el cuerpo del especialista, está operando la voluntad de esa otra entidad, por cuya voz habla en algunas ocasiones. Podemos evocar muchos otros ejemplos sobre las relaciones de parentesco que se establecen a partir de los dones, artificios y afectaciones con que se construye un cuerpo. En todo caso, hablamos de que en el ahijado, en su cuerpo, está inscrita la voluntad de un Otro, que puede ser no humano.

Esto nos lleva al papel de la hostilidad propia de las relaciones asimétricas: de antiguo, por Sahagún, sabemos que los guerreros mexica tomaban el cuerpo de sus enemigos, lo vestían, y establecían una relación de parentesco con ellos, incorporando dentro de sí una alteridad enemiga, que puede ser no humana (pues estos guerreros eran jaguares, águilas, nahuales). Luego entonces, no sería descabellado postular que el establecimiento de relaciones de parentesco ritual con los conquistadores españoles, los criollos y mestizos con quienes se tenían a menudo relaciones hostiles y rapaces, haya operado un principio corpóreo semejante, ya sea mediante el matrimonio (entregando doncellas) o mediante el compadrazgo (entregando a los propios hijos), lo cual no sólo implicaría establecer una alianza estratégica, puramente "espiritual", sino que constituiría una forma de integrar al Otro, transformando el propio cuerpo en ese Otro. Convertir a un poderoso cacique, un hacendado español, o cualquier otro personaje rapaz, en padrino de un hijo recién nacido, podría posibilitar de alguna manera,



La alianza entre compadres

incorporar al enemigo a la propia comunidad humana, mimetizándose corporalmente con él. En el fondo, convertir a los hijos en ahijados del enemigo, no se diferencia tanto del secuestro de los hijos del enemigo, para criarlos (cosa que también se hacía mediante la guerra, origen de los mayecauhtin, "esclavos"). Aún falta mucho por averiguar en torno al lugar del raptado en las sociedades indígenas. En todo caso, tanto el padrino como el secuestro, precisan la transformación del cuerpo, como vía de negociación y canalización del conflicto propio de las relaciones rapaces.

Tipetlapaloliz. Una alianza ritual entre Nahuas de la Sierra Norte de Puebla y su entorno

En la mayor parte de las comunidades indígenas y campesinas del país, el trabajo colectivo, brazo con brazo, estrecha los vínculos de fraternidad más allá de las relaciones de parentesco, consolidando amistades y alianzas que pueden llegar a durar tanto como la vida de los involucrados. Esta manera de relacionarse encuentra su mejor expresión en el compadrazgo, cuyas derivaciones se extienden a la mayor parte de la ritualidad nahua cotidiana. Los compadrazgos entre nahuas de la Sierra se establecen más allá de las ceremonias católicas, socorriendo (en casos mucho más particulares para esta región) ciertos tipos de rituales terapéuticos llevados a cabo bajo el nombre de nextitla. La figura de un compadre/padrino llega a ser tan importante que cuando se busca que esta relación se mantenga vigente, se perpetúe o se restablezca después de un cierto periodo de ambigüedad y declive, se lleva a cabo otro tipo de ritual denominado suchipaquiles, en el cual se celebrará al compadre/padrino distanciado, se le pedirá perdón por posibles ofensas, descuidos y omisiones, y se le hará ofrenda de alimentos, ánimas (es decir animales vivos, en especial guajolotes), y respeto, buscando restablecer así la alianza mermada entre los grupos familiares.

Siguiendo el modelo del compadrazgo, existe un tipo de alianza ritualizada que se extiende fuera de la comunidad humana trazando tejidos hacia el paisaje, hacia un conjunto de seres de naturaleza distinta, que acompañan sin embargo los andares y vicisitudes de la comunidad humana, pero principalmente, hacia el numen que rige a dicho conjunto de seres. Divinidad, montaña, fiero y cruz se funden para dar cuerpo y agencia a tipewewetl (viejo del monte) o tipechane (dueño del monte), un ser con quien se establece una alianza única en su tipo, misma que vincula no sólo a individuos o familias, sino dos colectivos ontológicamente opuestos: la comunidad humana y los seres del monte. Todo esto dentro de una celebración denominada Tipetlapaloliz, llevada a cabo en el marco la fiesta católica de la Santa Cruz durante los primeros días del mes de mayo.

Como toda mayordomía en Pochácatl, la de la "Santísima Cruz" se organiza a partir de un sistema rotativo de cargos a través del cual cada año se renueva la custodia de la imagen de la Santa Cruz entre los habitantes de la comunidad. El mayordomo en turno puede ser cualquier persona que previamente haya solicitado la custodia de la imagen y, una vez que ésta es recibida, aquel tiene la obligación de organizar por dos ocasiones el ascenso al cerro Ixistaco (protector de la comunidad de Pochácatl) para llevar a cabo la celebración. La primera ocasión de tal evento tiene lugar durante el día 2 de mayo. En esa fecha se lleva a cabo la fiesta con el objetivo de propiciar la "fuerza de la tierra" (fertilidad) y que las lluvias generadas al interior del cerro acontezcan en una medida óptima para las sementeras de la comunidad, garantizando así un cultivo y una cosecha satisfactorias. La segunda ocasión del evento ocurre el día 31 de diciembre (una vez que se han levantado las cosechas) y el objetivo general se centra en el agradecimiento de los dones recibidos para el correcto desarrollo trabajo agrícola.

A diferencia de otras celebraciones de mayordomía, el desplazamiento de la imagen durante la fiesta de la Santa Cruz no solamente va del altar doméstico del mayordomo hacia la iglesia de Ahuacatlán, y su posterior traslado de regreso a la casa del mayordomo; sino que es la única mayordomía que requiere necesariamente la visita hacia un tercer punto para su celebración: la cima del cerro Ixistaco, sitio que le confiere sentido pleno a la celebración en conjunto. Los sucesos inmanentes al trayecto desde la casa del mayordomo hasta la cima de la montaña, conllevan una serie de etapas y procedimientos

Mtro. Antonio Sampayo Barranco. Equipo Sierra Norte de Puebla - Proyecto Etnografía, INAH



Alimentando a Tipewewetl

que suelen ser propios de las visitas de compadrazgo en celebraciones como nextitla y suchipaquiles. Serán éstos y otros conspicuos elementos por describir a continuación, los que definen en su particularidad a esta celebración vinculada a un tipo peculiar de compadrazgo, frente a las demás mayordomías de Pochácatl, donde además, se propicia la alianza con los seres del monte.

Como se ha dicho, la manera particular en que se nombra a esta celebración es tipetlapaloliz (dar u ofrendar al cerro), término que arroja las primeras luces del sentido que adquiere tal evento, frente a las demás mayordomías. Y es que además de llevarse a cabo en la cima de un cerro, el cerro mismo nunca es un telón de fondo donde se ejecuta la acción ritual, sino que se trata del destinatario mismo (más allá de la Santa Cruz) hacia quien se dirigen tales celebraciones. El "cerro blanco" o "cerro de cara blanca" como amablemente traducen los nahuas de Pochácatl a quien pregunta por el significado del nombre, es llamado cotidianamente por la gente como Ixistacotípetl, término que adquiere una confusa polisemia dependiendo del contexto en que se enuncia la palabra. Así, este nombre es utilizado a manera de topónimo para designar la unidad geográfica y referencial que forma parte del entorno biofísico, hábitat de la flora y fauna silvestre ajena al ámbito doméstico, contenedor de recursos maderables para los fogones y proveedor de una rica red de manantiales que irrigan la sed de la comunidad. No obstante, Ixistacotípetl igualmente refiere a un mundo especular atravesado por caminos subterráneos al interior de dicho cerro y que es reflejo de la comunidad humana en cuanto a la organización y jerarquía de los seres que lo habitan. Algunos animales silvestres como el águila, el temazate o el tecuani, son aspiración de cazadores avezados; así como otros menos imponentes como el tejón, armadillo, víbora de cascabel, coralillo, etcétera; constituyen junto con los aires y otros seres "espirituales", la comunidad también denominada como, vaya sorpresa, Ixistacotípetl. Pero eso no es todo, dicho término también es el nombre propio del numen de mayor jerarquía, rector de todos los demás seres del monte, de los sucesos meteorológicos y de los ciclos de regeneración de la vida tanto en el monte como en los campos de cultivo y, quien es conocido además, bajo otras denominaciones tales como tipewewetl o tipechane. Hay quienes aseguran haberlo visto o escuchado en las noches de tormenta eléctrica, pues los relámpagos acompañan sus pasos cuando baja a la comunidad y transita por sus veredas en la forma de tecuani (tigre); sin embargo se dice que puede tomar la forma de cualquiera de sus animales para ser visto o para saldar cuentas con personas de Pochácatl.

En los rituales de alianza por medio del compadrazgo se puede comprobar que el vínculo entre dos grupos (los compadres y las respectivas familias) se enlaza por medio de un tercero que funge como intermediario, es decir, el ahijado. Establecido el convenio, cada ritual en que se establece compadrazgo adquiere sus características propias, mas algunos elementos resultan constantes en el transcurso de cada evento. De manera sintética podemos enumerar los más prominentes: 1) el deber de exaltar en el umbral de la casa anfitriona (previo al acceso de los invitados), el respeto mutuo entre ambas familias por medio de palabras que elogian las virtudes de cada contraparte (a



Ataviando la cruz

veces esto implica el lavado ceremonial de manos, a fin de que los padrinos reciban las ofrendas que les entregan los anfitriones); 2) el atavío con collares (para hombres y niños) y coronas (para mujeres y niñas), hechos con ramas frescas y en flor de una planta conocida como "siempre viva", misma que materializa y da cuerpo al respeto profesado mutuamente; 3) el intercambio de dádivas del padrino al ahijado (básicamente, vestido, y la promesa de consejo y apoyo), y del padre al padrino (principalmente alimentos y bebidas: carne de guajolote guisada de diversas formas, e incluso guajolotes vivos en el caso del suchipaquiles); y 4) la culminación del acto de alianza por medio de danzas circulares con ciclos levógiros y dextrógiros, en las que participan ambas familias y se hace danzar a los elementos que sirvieron para contener los alimentos ofrecidos, en particular la mesa donde se compartieron dichos alimentos. Normalmente, la danza es iniciada por la familia de los padres y ejecutada frente a los padrinos sentados a la mesa, a manera de ofrenda. Posteriormente y después de compartidos los alimentos, ambas familias llevan a cabo la danza sosteniendo cada integrante un extremo de la mesa y haciéndola girar conforme a los ciclos de la danza.

Tales elementos anteriormente enumerados tienen su réplica en la celebración de tipetlapaloliz, durante cada una de sus etapas y mediante el cruce de los distintos umbrales que las demarcan. Así, durante el trayecto a la cima del cerro quedan claramente delimitadas ciertas fronteras del espacio trazado y recorrido, en el transcurso de la procesión. La primera, relativamente clara, divide el espacio doméstico del comunitario. Es común a las demás celebraciones de mayordomías de Pochácatl, con el arco floral en la entrada a la casa del mayordomo. La segunda, se trata de una doble frontera que separa al mismo tiempo los espacios comunitarios de Pochácatl y Tonalixco, poblados vecinos (nahua y totonaco respectivamente) que comparten un mismo cerro sagrado en laderas opuestas; así como los espacios comunitarios de ambos poblados con respecto a los dominios del tipechane. Es en este espacio donde se realiza un pequeño prelude de la celebración, en que el especialista se encarga de presentar a los asistentes: a la comunidad en su conjunto y a la mayordomía y sus mayordomos en particular. Se pide el permiso de ingreso hacia ese espacio reconocido como ajeno, tal como hacen las familias de compadres que visitan a su contraparte en los rituales de compadrazgo mediante la exaltación de virtudes y el historial de solidaridades pasadas. En un tercer momento se accede a la cima del cerro Ixistaco, donde se propiciará un convenio que



Ataviando a los mayordomos



El Tlamanal

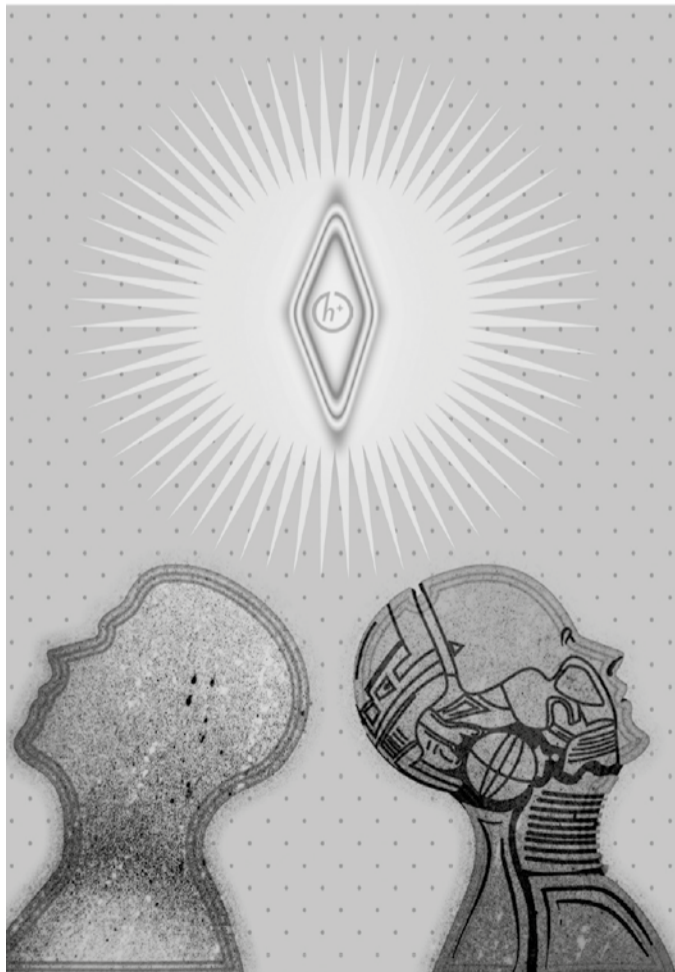
enlace a ambas comunidades y una vez que son enunciadas las palabras de respeto y elogio hacia Ixistacotipetl, no por el mayordomo sino por el especialista, los músicos preparan los instrumentos y comienzan a tocar los sones rituales de tipetlapaloliz. Cuando el trayecto culmina en la parte más alta del "Cerro Blanco", nuevamente son entonadas palabras de elogio y respeto por parte del especialista, al tiempo que va presentando el canasto con los collares y coronas de "siempre viva" junto con cada uno de los elementos que serán posteriormente colocados en la "mesa del tlamanal". Mientras algunas mujeres calientan los alimentos en un fogón a pocos metros de "la capilla", el tlatsokaltametzl va ataviando con vegetales a los participantes de la celebración, comenzando por la Cruz de concreto, ubicada en lo más alto de la capilla, siguiendo con el mayordomo y su familia, para terminar con las mazorcas de maíz que también serán ataviadas para la ocasión. Siendo distribuidos en su totalidad los collares y coronas, comienza nuevamente la música de sones mientras el especialista, con el apoyo de un par de mujeres que lo asisten, coloca ordenadamente todos los alimentos que compondrán el tlamanal. Dispuesta la mesa y la música sonando, nuevamente se ofrecen los alimentos haciendo énfasis en lo "humilde" y "escaso" de éstos, exaltando los favores que recibe la comunidad de Pochácatl por parte de Ixistacotipetl. Se le solicita que continúe procurando a la comunidad, que siga alimentando a los hijos y a los abuelos al tiempo que se hace promesa de seguir protegiendo al maíz, siendo éste uno de los dones provenientes del interior del cerro.

Tras cerrar la oratoria, se entona un ciclo de rosarios y comienza la danza con niños y niñas ataviados con collares y coronas respectivamente, al mismo tiempo que portan en sus brazos paquetes de tres mazorcas enrolladas en guías de frijol, ataviadas igualmente con ramos de "siempre viva". Es ahí donde se presenta el vínculo que media entre la alianza de ambas comunidades de seres bajo un arquetipo común a los nahuas de Pochácatl. Si entre familias se establece una alianza entre padres y padrinos por medio de un ahijado, en el cerro ésta se lleva a cabo entre los mayordomos e Ixistacotipetl, materializado en la Santa Cruz de la capilla, en la cima de aquel. La protección que idealmente ofrece un padrino a su ahijado, se replica en mayores dimensiones y de manera recíproca en la procuración que el cerro da a la comunidad humana encarnada en los niños, al igual que en la protección y cuidado que los nahuas prometen al maíz, entidad animada, poseedora de sexo y personalidad, cuyo origen reside en el interior del monte.

Si bien la información hasta aquí presentada ha sido recopilada principalmente en Pochácatl, durante los últimos cinco años en que se ha trabajado en la zona, se han escuchado abundantes relatos que hacen del caso de Pochácatl no un suceso aislado, sino que muy por el contrario, la conspicua expresión de una red de ritualidades que, rebasando las fronteras de la etnicidad y el lenguaje, se superpone sobre un paisaje serrano compartido entre nahuas y totonacos de la Sierra Norte de Puebla.



Los niños y el Maiu0301z



DISTOPÍA TRANSHUMANISTA

LA CONDICIÓN HUMANA EN EL FUTURO TECNOLÓGICO

JUEVES 4, 11 Y 18 DE DICIEMBRE

Sede: Museo Regional Cuauhnahuac – Palacio de Cortés

Nirvana

Dirigida por Gabriele Salvatores
Italia | 1997 | 111'

2005. Jimi Dini acepta el proyecto de diseñar Nirvana, un videojuego interactivo que debe entregar poco antes de que terminen las fiestas de Año Nuevo. Muy deprimido por el abandono de su pareja, Lisa, Jimi ha caído en la amargura y la apatía. Conforme ajusta el programa, el ordenador le avisó de que un virus ha entrado en el sistema y se ha incorporado a Nirvana; el efecto de la contaminación se traduce en un estado de autoconciencia de Solo, el personaje central que habita los distintos niveles de dificultad del juego. Entonces Solo le pide a Jimi que lo borre del programa para ahorrarle la tortura de habitar un mundo repetitivo en estado consciente.

JUEVES 18 | 18:00 H. | ENTRADA GRATUITA

www.cineclubpalaciodecortes.blogspot.mx

www.inah.gob.mx | palaciodecortes@inah.gob.mx | (01777) 312 69 96 y 312 81 71 | ext. 258103



el tlacuache



Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos

www.morelos.inah.gob.mx

Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez
Luis Miguel Morayta Mendoza
Giselle Canto Aguilar

Israel Lazcarro Salgado
Raúl Francisco González Quezada

Coordinación editorial de este número: Israel Lazcarro Salgado
Diseño y formación: Joanna Morayta Konieczna

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de sus autores